

un nodo, una constelación de palabras o terminológica que no esté en Benjamin cerca o se derive de lo teológico. Tomemos palabras al azar: el “aura”, lo “mesiánico”, “el ángel de la historia”, la “lengua adánica”, la famosa distinción entre “lo trágico” y “lo sufriente”, “lo icónico”, la “descomposición de lo sagrado”, lo “numinoso”. ¿Dónde interrumpir la lista? Donde Walter Benjamin está en el *summum* de sus recepciones reveladoras —en los escritos de Kafka— sobre la naturaleza interlineal de la textualidad, en las últimas tesis históricas y teológicas, trabaja en la teología y a contrapelo de ella: exactamente como Novalis, Holderlin y Hegel y, de una forma crucialmente disfrazada, Karl Marx. Sin el recurso y los modismos teológicos, tan frecuentemente explícitos, la obra de Walter Benjamin difícilmente existiría.

Donde Walter Benjamin está en el summum de sus recepciones reveladoras —en los escritos de Kafka— sobre la naturaleza interlineal de la textualidad, en las últimas tesis históricas y teológicas, trabaja en la teología y a contrapelo de ella: exactamente como Novalis, Holderlin y Hegel y, de una forma crucialmente disfrazada, Karl Marx.

La elección de Theodore Roosevelt, 1912

John Lukacs

En la primavera de 2003, como parte de un homenaje a John M. Hart organizado por la Universidad de Houston, Friedrich Katz ofreció una conferencia magistral sobre el trágico desenlace del gobierno de Francisco I. Madero en febrero de 1913, tan sólo unas semanas antes de que Woodrow Wilson asumiera la presidencia de Estados Unidos. Y en el transcurso de su exposición, a la luz de las simpatías de Wilson por la causa de Madero, Katz ensayó por unos cuantos minutos un luminoso ejercicio de historia contrafactual: si Madero sobrevive los acontecimientos que hoy conocemos como la Decena Trágica, ¿qué habría sucedido? Mientras Katz hacía correr en sentido inverso algunas de las cintas del tiempo, el asesinato de Madero apareció en la exposición del autor de *La guerra secreta en México* como un golpe contra el presidente electo de Estados Unidos. En este ensayo, incluido en el libro que editó Robert Cowley, *The Collected What If? Eminent Historians Imagine What Might Have Been* (Nueva York, G. P. Putnam, 2001), John Lukacs plantea otros dos escenarios contrafactuales en el mismo espacio temporal que las profundas y documentadas investigaciones de Katz nos han permitido conocer: si en agosto de 1912 la dirigencia del Partido Republicano hubiera aceptado la candidatura de Theodore Roosevelt y este último (y no Woodrow

Wilson) hubiera sucedido a William H. Taft en la presidencia de Estados Unidos en marzo de 1913, ¿qué habría sucedido? Son páginas en las que apenas asoma la historia de México, toda vez que sus detalles escapan a la mirada de Lukacs —quien ha hecho de la Guerra de Treinta Años del siglo XX una de sus especialidades—; y desde luego en ellas no sólo se da por sentada la suerte de Madero y su gobierno, sino también la secuela de levantamientos y protestas que provocó su aleroso y premeditado derrocamiento en febrero de 1913. No obstante lo anterior, “La elección de Theodore Roosevelt, 1912” no deja de ser lo que es: un ensayo de imaginación histórica raro, desconcertante, serio; una atenta reflexión verosímil al servicio exclusivo de los hechos conocidos, y una herramienta más para recuperar la constante novedad de lo pretérito. Nota y traducción de Antonio Saborit.

Los historiadores han puesto poca atención en la triunfal campaña presidencial de Theodore Roosevelt en pos de un tercer periodo de gobierno en 1912. Su aplastante victoria en noviembre opacó el arduo episodio de su nominación cuatro meses antes en la Convención Nacional Republicana en Chicago. Al menos los historiadores se debían haber preguntado: ¿Qué habría sucedido si Wilson, y no Roosevelt, hubiera sido el presidente de Estados Unidos en la época de la Primera Guerra Mundial en Europa?

La nominación de Roosevelt en agosto de 1912 no era de ninguna manera una conclusión que se pudiera anticipar. La mayoría de los principales políticos republicanos, así como de los conductores de la convención, lo que es todavía más relevante, por muchos motivos querían para el presidente Taft un segundo periodo de gobierno, los más importantes de los cuales eran la desconfianza que le tenían a Theodore Roosevelt y el desagrado frente a sus ideas progresistas. (Esto pesaba en contra de TR mucho más que el cargo de haberse alejado de la renuencia tradicional de George Washington por buscar la presidencia una tercera vez; a fin de cuentas, en 1908 TR eligió no gobernar por un tercer periodo, y ahí estaba el ejemplo reciente de Grover Cleveland, quien buscó y obtuvo la presidencia tras una pausa de cuatro años.) Mucho antes de que la convención se reuniera en Chicago, los Comités de Registro del Comité Nacional Republicano habían logrado “responder” en varios estados a los delegados pro-Roosevelt. Los íntimos asimismo tenían la impresión general de que TR ya no era el de antes. Henry Adams se lo encontró en una calle de Washington en diciembre de 1911 y escribió que Theodore “se veía más gordo y cayéndose a pedazos”, que sus modales eran “más descuida-



dos”, que daba muestras de cierta “debilidad mental”. Pero esa no fue la impresión del país, sobre todo al leer en la prensa la declaración de TR mucho antes de que dijera en Columbus, Ohio: “¡Mi sombrero está en la arena! ¡La lucha ha comenzado y yo ya me quité la camisa!”

Y cuando Roosevelt se apareció en Chicago, rompiendo la costumbre no escrita de los candidatos presidenciales de mantenerse al margen de la convención hasta ser nominados, el júbilo de sus simpatizantes arrolló a buena parte de la oposición —así como también a los cuidadosos preparativos de los organizadores, los cuales incluían la presencia de mil policías de Chicago y tiras de alambres de púas ocultos en la base de la plataforma, para impedir que los simpatizantes de Roosevelt subieran a aclamarlo—. Rompiendo con otra costumbre no escrita, al tercer día de la convención, en medio de una multitud entusiasta y, en esta ocasión, cohesionada más que irritada, Roosevelt se levantó de pronto y empezó a hablar desde el auditorio. Se hizo un silencio inusitado, y su voz aguda sedó e inspiró a la multitud, en lugar de enardecerla. “Hoy no soy más que una voz entre la gente”, dijo, “pero permítaseme pensar en voz alta. Lo que voy a decir acaso represente las convicciones internas de la gran mayoría de mis conciudadanos”. Lo que dijo y cómo lo dijo impresionó a cientos de delegados, e incluso a algunos de sus opositores. No fue el tipo de discurso que se ofrece desde un estrado; tenía la música de un idealismo realista. Aquí se dio el quiebre psíquico de la convención. El que fuera su amigo y aliado, y su antiguo secretario de Estado, Eliuh Root, lo había abandonado, y era el augusto presidente de la convención, y parte del flanco ortodoxo; pero ahora hasta Root cambió de parecer, o mejor dicho, ajustó el ritmo de su azadón. Creyó su deber cederle la plataforma a cuando menos dos de los oradores que nominaron a Roosevelt, quien entonces fue nominado por la mayoría.

El resto ya lo conocemos. Le ganó a Woodrow Wilson por más de dos millones de votos. Se embolsó casi todos los estados del norte y del oeste, y hasta dos del sur. Eligió como vicepresidente al conservador de Pennsylvania, Gifford Pinchot —uno de sus favoritos, descartado por Taft—, y a Albert Beveridge como su secretario de Estado. Eliuh Root quería ese puesto y habría sido suyo naturalmente; sólo que TR, sin ser especialmente rencoroso, no pudo olvidar que Root se había aliado a los financieros del Partido Republicano que apoyaban a Taft.

El Roosevelt que en marzo de 1913 llegó a su toma de poder junto a Taft, en el más grande de los automóviles que los norteamericanos hubieran visto, era más corpulento y estaba menos preparado físicamente que antes. Esto se llegó a ver en algunas fotos y en las cintas parpadeantes que se proyectaron

“Hoy no soy más que una voz entre la gente”, dijo, “pero permítaseme pensar en voz alta. Lo que voy a decir acaso represente las convicciones internas de la gran mayoría de mis conciudadanos”. Lo que dijo y cómo lo dijo impresionó a cientos de delegados, e incluso a algunos de sus opositores.

en las salas de cine, pero al parecer no importó. Contaba con un mandato popular tan copioso como el de 1904. Hubo una diferencia más. De una u otra forma existía una enorme similitud entre las propuestas que presentaron tanto él como Wilson, su adversario, en ambos casos progresistas. Roosevelt —y la nación y el mundo— creía que su principal agenda, más bien: que tal vez su única agenda importante inmediata era doméstica. Logró pasarla sin mayores problemas por el congreso y por varias legislaturas estatales. La integraban cuatro elementos legislativos: el establecimiento de un impuesto nacional; la elección directa de los senadores; la admisión de un estado sureño muy grande, “Arizona”, uniendo los territorios de Arizona y Nuevo México —contra los deseos de la mayor parte de los pobladores de este último—; y la preparación de una nueva ley migratoria, la cual establecía medidas más as-tringentes que antes y un tope anual (aunque no un sistema de una cuota nacional) de inmigrantes aceptables. Salvo por la segunda, estas leyes, incluyendo la fiscal, pasaron sin necesidad de ninguna enmienda constitucional. Sólo la nueva legislación migratoria —la cual, insistió Roosevelt, era esencialmente una regulación que no necesitaba forzosamente de una aprobación legislativa detallada— seguía pendiente cuando en 1914 estalló en Europa la Primera Guerra Mundial.

El 15 de junio de 1914, dos semanas antes del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo —el cual Roosevelt condenó de inmediato como “un deplorable crimen cometido por terroristas”—, Roosevelt estaba en una nube de vapor caliente en Gatun Locks, abriendo el canal de Panamá, del cual era a la vez padrino y padre. Fue un momento apoteósico, un monumento a él y al país que representaba, el Gran Hermano de todo el hemisferio occidental. (El sentido peyorativo de esas dos palabras no aparecería sino hasta el 1984 de George Orwell, más de una generación después.) TR —algunas veces habiendo tenido que aplacar a su con frecuencia estridente e imperialista secretario de Estado, Beveridge— ya había demostrado su pericia en la conducción de los asuntos exteriores, junto con su fuerte y mesurada unión con los intereses nacionales de Estados Unidos. Así, durante la guerra civil mexicana de 1913, su firme advertencia desde la Casa Blanca bastó para provocar un repentino (aunque temporal) alto a la anarquía en las ciudades de México y Veracruz, estableciendo a partir de ahí la protección garantizada de los intereses norteamericanos y británicos. Ante otra anarquía criminal en Haití a comienzos de 1914, TR intervino y envió a los marines para preservar la paz y el orden en Puerto Príncipe, tras de lo cual negoció el establecimiento permanente de una base de la marina de EU en Petit Goave, similar a la de Guantánamo en Cuba, contra los



deseos de Beveridge, quien prefería poner a todo Haití bajo la jurisdicción norteamericana, algo así como en Hawaii o en las Filipinas. Sólo que Beveridge no sólo era estridente y alcohólico; también se estaba haciendo viejo. En junio de 1914 Roosevelt lo reemplazó con Bainbridge Colby. Colby era un decente estadista menor aunque no particularmente bien dispuesto. Como sucede a muchos dirigentes poderosos, TR actuaba con frecuencia como si fuera su propio secretario de Estado. El que la carta de renuncia de Beveridge llegara a la mesa del desayuno de TR el 28 de junio —a la misma hora en que a cuatro mil millas de distancia sonaron los disparos fatales en Sarajevo— fue prueba de lo que alguna vez dijo Chesterton, que las “coincidencias son los juegos de palabras del espíritu”.

En las primeras reacciones de Theodore Roosevelt ante la guerra europea asomó una dualidad. (La voz “Guerra Mundial” se volvió de uso común al año siguiente, empleada en buena medida por la prensa norteamericana y los alemanes.) Lo sorprendió la invasión alemana de la neutral Bélgica, y así lo dijo a su círculo; al mismo tiempo le aseguró a su amigo, el embajador alemán en Washington, que Estados Unidos era neutral. Hizo unas cuantas declaraciones públicas destacando las diferencias del Nuevo Mundo ante el Viejo; sólo que en privado deploraba la conducta de muchos norteamericanos en Europa, quienes aterrados volvían a casa exigiendo la protección de todas las autoridades norteamericanas posibles. Pero en breve la dualidad de Roosevelt empezó a esfumarse. “Todos calcularon mal”, les dijo a sus amigos, refiriéndose a los diversos gobiernos y mandos de guerra europeos; “ésta va a ser una guerra larga”. Y por lo tanto, Estados Unidos debía prepararse para las emergencias. Además de su gran marina, TR ordenó la rápida formación de un ejército, llamando a las voces cantantes en favor de los Voluntarios Patriotas. Primero hacia Plattsburgh, Nueva York, y luego a otros 125 campos de adiestramiento por toda la nación, fueron llegando dos millones de jóvenes norteamericanos, listos para ser enrolados. El más reciente adversario de Roosevelt, Woodrow Wilson, dijo que estaba “orgulloso de hablar en contra de educar a nuestros jóvenes para Armagedón”. En privado (y ni tan en privado) Roosevelt dijo que Wilson era un “cobarde abyecto”. (Una frase que Winston Churchill emplearía treinta años después, al advertir al pueblo británico de los nuevos peligros la víspera del Día D en 1945. Por cierto, TR apreciaba al joven Churchill, con quien ya desde 1914 había entablado una correspondencia confidencial; y expresó su pesar cuando fracasó el imaginativo ataque de Churchill sobre los Dardanelos y cuando Churchill tuvo que renunciar como cabeza del Almirantazgo.) En abril de 1915 un submarino alemán hundió al Lusitania. TR no escatimó pala-

El más reciente adversario de Roosevelt, Woodrow Wilson, dijo que estaba “orgulloso de hablar en contra de educar a nuestros jóvenes para Armagedón”. En privado (y ni tan en privado) Roosevelt dijo que Wilson era un “cobarde abyecto”. (Una frase que Winston Churchill emplearía treinta años después, al advertir al pueblo británico de los nuevos peligros la víspera del Día D en 1945.

[...] Roosevelt no aceptaría el eventual dominio alemán de Europa occidental o la preponderancia eventual de Alemania en el Mar del Norte. Él sabía que semejante política norteamericana, incluido su prospecto de acercarse más y más a la guerra europea del lado de los británicos (y de los franceses) en contra de Alemania tenía muchos opositores además de los pacifistas...

bras: “¡Crimen en alta mar!”, exclamó. Cuando más adelante, ese verano, Henry Ford contrató y envió al Mar del Norte su Barco de Paz, con pacifistas y todo tipo de ancianos, TR subestimó a Ford al llamarlo “un mecánico ignorante”. Menos de un año después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Roosevelt parecía haber llegado a la conclusión de que el prestigio de Estados Unidos era lo suficientemente grande para hacer oír su voz y que su poder era lo suficientemente grande para que los poderes europeos calibraran de inmediato sus efectos. En un relevante discurso en Boston, en noviembre de 1915 dijo que “Estados Unidos no puede ser indiferente ante lo que sucede en el océano Atlántico y en sus playas europeas occidentales”.

Esta fue la primera indicación clara de que Roosevelt no aceptaría el eventual dominio alemán de Europa occidental o la preponderancia eventual de Alemania en el Mar del Norte. Él sabía que semejante política norteamericana, incluido su prospecto de acercarse más y más a la guerra europea del lado de los británicos (y de los franceses) en contra de Alemania tenía muchos opositores además de los pacifistas de Ford: los germano-norteamericanos, los escandinavo-norteamericanos, los irlandeses americanos, los judíos americanos —estos últimos en su mayor parte emigrantes provenientes del imperio ruso cuyo número era enorme, y tal vez en crecimiento—. En Milwaukee un hombre trató de darle un tiro; la bala por fortuna apenas le rozó la nuca. “¡No lo toquen!”, gritó TR. El asesino potencial era un germano-norteamericano; a Roosevelt le pareció mejor llamarlo anarquista. El episodio redundó en su favor. A pesar de eso, consciente de la marea en ascenso de la oposición anti-Roosevelt en la elección presidencial que se acercaba, valoró sus alternativas. La intervención norteamericana ¿debía darse antes o después de noviembre? Para la primavera de 1916, eligió la mejor opción. “El pueblo no querrá cambiar de caballos [se refería a su caballo y a este jinete] a la mitad del río”. Tuvo razón; volvió a ser nominado, con facilidad, para un cuarto periodo de gobierno. (“¡Mi último!”, exclamó.) Ganó la presidencia, volviendo a derrotar a Wilson —aunque con un margen menor que el de cuatro años antes—. Wilson se quedó con Illinois, Wisconsin, Michigan y California —en esta última, el antiguo aliado de Roosevelt, Hiram Johnson, se volvió amargamente en contra suya.

Pero todo esto sucedió después de Verdún y después de Somma y (lo que es más relevante) después de la Orden Presidencial Número Uno, expedida por Roosevelt en marzo de 1916, ordenando que la marina entrara al Atlántico oriental y al Mar del Norte para proteger y escoltar a los barcos mercantes que navegaban esas aguas —lo que no sólo incluía a las em-

barcaciones de Estados Unidos, sino a las de todo el hemisferio Occidental y a los comerciantes que llevaban armas y municiones a Gran Bretaña y Francia—; y ordenando el establecimiento de una base de la marina norteamericana en Rotterdam —luego de que el gobierno alemán amenazara al gobierno de Holanda por permitir el paso de bienes transatlánticos a la Gran Bretaña—. A finales de mayo, el Alto Mando de la marina alemana creyó mejor no meterse con una cadena de destructores norteamericanos que patrullaban la costa holandesa y el Mar del Norte —lo que contribuyó a la estrategia de la victoria británica sobre la flota alemana en las afueras de Jutland a fines de mayo—. Inmediatamente después de su reelección en noviembre de 1916, Roosevelt envió un comunicado de tres puntos a cada una de las potencias en conflicto en Europa. (Cuando se conoció su contenido, sus enemigos —y desde luego algunos periódicos alemanes— no la llamaron el Corolario Roosevelt sino la Afrenta Roosevelt, pero es lo de menos.) Era un documento oficial de la mayor relevancia. El gobierno de Estados Unidos, declaró Roosevelt, propone: uno, el cese de todas las hostilidades en Europa y en alta mar en el transcurso de un mes; dos, el regreso de todos los ejércitos y poderes a sus fronteras estatales en julio de 1914; tres, la convocatoria a un Congreso de Paz en La Haya tres meses después del armisticio, estando representado en él, junto con todos los demás poderes, Estados Unidos. Ninguno de los gobiernos europeos esperaba una proposición tan definitiva, ni siquiera el británico. El mundo se quedó sorprendido y paralizado. El caricaturista de un periódico de Hearst en Nueva York dibujó a TR, con el sol a sus espaldas, alzándose como un Augusto César sobre las tribus del mundo.

Con cautela y lentitud el gobierno británico, y con mucha renuencia el gobierno francés —igual que los gobiernos ruso e italiano—, manifestaron su disposición a no rechazar la proposición; lo mismo hizo, sorprendentemente, el gobierno austriaco para disgusto del alemán, que sí la rechazó. De hecho, el 31 de enero de 1917 Berlín anunció la continuación de la guerra submarina sin restricción alguna; al cabo de tres días, cinco barcos mercantes norteamericanos fueron hundidos en las inmediaciones occidentales de las islas británicas. De inmediato, Theodore Roosevelt se presentó en el congreso y solicitó una declaratoria de guerra en contra de Alemania. La obtuvo tras un breve debate. Para entonces una buena parte del nuevo ejército norteamericano —armado, adiestrado, conformado por los dos millones de graduados de campos como el de Plattsburgh, que ya entonces eran subtenientes o sargentos, los adecuados dirigentes de un ejército de cuatro millones de conscriptos que Roosevelt organizó tras meter al congreso el año anterior una

orden de reclutamiento— atestaba y poblaba los puertos de la costa oriental, lista para zarpar hacia Francia. La rapidez y las dimensiones de este movimiento sin precedentes del Nuevo Mundo hacia el Viejo —el contrario al movimiento de pueblos sobre el Atlántico durante los cuatro siglos anteriores— fue tal que el gobierno alemán anunció la temporal suspensión de la guerra submarina contra las embarcaciones norteamericanas. Esa fue la primera grieta de la resolución alemana. La segunda apareció en abril de 1917, cuando un breve avance de la Primera División de Estados Unidos acampada a lo largo de la línea Argonne-Meuse bastó para que los alemanes ensayaran una cautelosa retirada de unas seis millas enfrente de los británicos en Flandes y de los franceses a ambos lados de Verdún. El primero de mayo, el partido del Centro Católico Alemán y el nuevo partido Demócrata Alemán se sumaron a los socialdemócratas en el Reichstag para pedir que el gobierno imperial considerara la Declaración de Tres Puntos de Roosevelt —en caso de que siguiera siendo válida—. Por la noche, ya tarde, Roosevelt —que no se encontraba en la mejor condición física— recibió esta noticia en un telegrama que llegó a la Casa Blanca. “Dormí muy bien”, le dijo a su familia a la mañana siguiente. “Voy a decir que sí, que la proposición sigue siendo válida; pero que más les vale que se vayan subiendo los pantalones y que se muevan”.

Eso hicieron. Británicos y franceses estaban avergonzados —un poco: su esperanza era que con más y más tropas norteamericanas en camino los alemanes se derrumbarían más pronto que tarde—. Pero tuvieron que persistir bastante, igual que los alemanes. En los consejos de guerra más altos el general Ludendorff y el almirante Tirpitz fueron derrotados en las votaciones; y tan pronto como los socialdemócratas declararon que ellos no insistían en la proclamación de la república alemana, se le aconsejó a Guillermo II que abdicara en favor de su hijo. Así surgió una monarquía constitucional alemana. El armisticio se firmó el 15 de mayo y la lucha llegó a su fin. El Congreso de Paz de La Haya se reunió el 4 de agosto de 1917, tres días antes de la fecha en la que los británicos le declararon la guerra a Alemania. Theodore Roosevelt había zarpado hacia Rotterdam a bordo del *USS New York*, eludiendo diplomáticamente un descenso *en route* en Inglaterra. No obstante las reconvenciones y las insistencias de los poderes menores, las fronteras de 1914 se restauraron en todas partes —salvo en el caso de Alsacia y Lorena, que volvieron a Francia—, especificándose que la Corte Internacional de Justicia de La Haya (un antiguo proyecto de Roosevelt) examinaría todas las solicitudes de indemnización y de problemas fronterizos en un lapso de cinco años, por medio de una serie de comisiones interna-



cionales, en cada una de las cuales tendría representación Estados Unidos. La presencia de TR —y su influencia— opacó a todas las demás durante la Conferencia de Paz. Y sin embargo, la oposición interna a sus políticas —en especial entre numerosos republicanos— no dejó de prevalecer.

Antes de eso, en marzo de 1917, estalló una revolución en San Petersburgo. El zar abdicó. Roosevelt, quien como ya hemos visto tenía su plato colmado en ese momento, creyó que era indispensable poner mucha atención al desarrollo de los acontecimientos en aquel enorme país. Menos de una semana después de la abdicación del zar, Roosevelt declaró que “está en los intereses de Estados Unidos y de todo el mundo civilizados que la ley y el orden prevalezcan en el interior del imperio ruso”. En ese momento, los militares rusos —animados por la Declaración de Tres Puntos, que les permitía recuperar los territorios que habían perdido ante los alemanes en la guerra de tres años— fueron clave en la instalación de un nuevo monarca, el antiguo archiduque Miguel I, como zar de los rusos, bajo las condiciones de una monarquía constitucional que entonces consolidó un referéndum transnacional. TR y el Servicio Secreto eran conscientes de los movimientos revolucionarios en Rusia, incluidos los de agitadores y agentes en el extranjero. Empezaron algunas medidas en su contra. Así Lev Bronstein (alias “Trotsky”), agitador y antiguo extra de cine en Long Island, al tratar de regresar a Rusia fue detenido por agentes canadienses en Halifax y se le llevó de regreso a Brooklyn, mientras la policía federal suiza en Zurich se aseguró de que a V. I. Ulyanov (alias “Lenin”) y a sus amigos no se les permitiera pasar las fronteras de Suiza. El tercer “bolchevique” principal, un caucasiño bigotón de nombre I. V. Dzhughashvili (alias “Stalin”), eligió abandonar sus afiliaciones subversivas y se convirtió en un agente muy eficaz de la recién formada Policía Estatal Rusa.

Desde luego que el Tribunal de La Haya no fue capaz de aplacar los fuegos de la agitación nacionalista y revolucionaria en todas partes. En Transilvania, en Bohemia, en el Tirol sur, hubo revueltas y guerras a lo largo de las fronteras italo-austriaca, austriaco-checa, húngaro-rumana, búlgaro-turca y turco-árabe. Algunas se aplacaron, otras no, y ardieron y supuraron por mucho tiempo. La autoridad del Tribunal de La Haya era enorme, pero sus poderes, a fin de cuentas, limitados —sobre todo cuando su representación norteamericana fue retirada de manera gradual después de 1920, durante los gobiernos de Hoover y Coolidge—. En 1918 una firme advertencia rooseveltiana detuvo el reinicio de la guerra y conquista de China de parte de Japón; en el mismo año, la agitación en Irlanda en contra del gobierno británico tomó fuerza; y el sitio

Menos de una semana después de la abdicación del zar, Roosevelt declaró que “está en los intereses de Estados Unidos y de todo el mundo civilizados que la ley y el orden prevalezcan en el interior del imperio ruso”.

Roosevelt no había empezado a evaluar el asunto de su eventual sucesor cuando —repentina y trágicamente— murió en enero de 1919. Que él fue uno de los más grandes —y tal vez el más influyente— presidente de Estados Unidos, pocos lo dudaban, incluidos sus adversarios.

más caliente de Europa era Polonia, cuyo pueblo se levantó en contra tanto de la ocupación alemana como de la rusa —esto es, en favor de la restauración de las fronteras de 1914— con gran éxito. Roosevelt no quiso asegurar la intervención norteamericana en algunos de estos conflictos —por lo que arreciaron las críticas de sus oponentes en casa—. Los demócratas lograron avances considerables en las elecciones legislativas de noviembre de 1918.

Roosevelt no había empezado a evaluar el asunto de su eventual sucesor cuando —repentina y trágicamente— murió en enero de 1919. Que él fue uno de los más grandes —y tal vez el más influyente— presidente de Estados Unidos, pocos lo dudaban, incluidos sus adversarios. Su tarea no estaba terminada; como hemos visto, las agitaciones y los disturbios continuaban en Europa y en el Cercano Oriente, aunque también en las ciudades y las industrias de Estados Unidos. Pero su logro mayor fue que estableció una filosofía norteamericana de las relaciones mundiales, de una política exterior que descansaba en las realidades geográficas y nacionales más que en las “ilusiones” internacionales; en el reconocimiento de que la libertad de toda la región del Atlántico, incluida la de Europa Occidental, era de interés fundamental para Estados Unidos (como lo había sido para los británicos). Esto se diferenciaba claramente de la visión ideológica de su antiguo adversario Wilson, otro progresista, con sus *Catorce Puntos* y la *Guerra para acabar con todas las guerras*. A Roosevelt le bastaron tres puntos; y también supo que las guerras no se pueden abolir por medio de la legislación o por los poderes inexistentes de una ilusoria Liga de las Naciones —sobre la cual era menos sanguíneo que sobre la Corte Internacional de Justicia.

Y aún así, como reza el sabio (y melancólico) refrán, Dios escribe derecho sobre renglones torcidos. En 1920 los republicanos anti-Roosevelt regresaron al poder. El candidato a la presidencia, Herbert Hoover, se aseguró que se supiera que él era progresista; de hecho, estaba (y se sentía) mucho más cerca de la tradición de Wilson que de la de Theodore. Lenta, gradualmente, la ideología wilsoniana sobre las relaciones internacionales se fue haciendo más afín a la mentalidad norteamericana que la visión rooseveltiana del mundo Occidental —la cual sus críticos intelectuales llamaban “*La Realpolitik* de Theodore”: una frase breve y una síntesis imprecisa—. También estaba el aislacionismo de “Estados Unidos primero”, cuyo futuro líder sería el hijo de Taft, un senador republicano por Ohio. Los republicanos gobernaron el país durante otros doce años, hasta que la bancarrota de sus políticas financieras y sociales se hizo cada vez más evidente. En 1932 el pueblo de

Estados Unidos le dio todo su apoyo a Franklin Delano Roosevelt, el primo joven de Theodore. Él era demócrata.

Para entonces empezaba a verse que no obstante el estridente éxito de la Declaración de Roosevelt de 1917, Europa —y el mundo— no podían regresar a 1914. En la década de 1920 un ex socialista italiano transformado en nacionalista, Benito Mussolini, se convirtió en el dictador de Italia, reduciendo al rey al papel de una mera figura. Diez años más adelante, un ex soldado y ex artista alemán, Adolf Hitler, se convirtió en el dirigente de un movimiento popular alemán, rechazando las condiciones del acuerdo de La Haya, y en especial la renuente aceptación alemana sobre la existencia de un estado polaco independiente. *La Guerra para acabar con todas las guerras* era un espejismo, la Liga de las Naciones era una ilusión; Alemania se volvía a levantar y armar, y a la vista estaba una Segunda Guerra Mundial. Pocos hombres vieron esto con mayor claridad que el viejo corresponsal de Theodore Roosevelt, Winston Churchill; pero estos son hechos que no necesitamos volver a contar, pues son muy bien conocidos de todos nosotros.

Sabemos también que en otro sentido el mundo de (o anterior a) 1914 no pudo ser restaurado. Los síntomas de la quiebra del viejo orden, en buena medida burgués, de la Paz de Cien Años anterior a 1914, estuvieron ahí mucho antes de ese año: en las letras y en las artes y en las modas y en la música y en las costumbres y en los modales y en los conflictos sociales, los signos y las nubes y las antenas que los registraron. James Joyce y Ezra Pound habían sucedido a William Dean Howells y a Edward Arlington Robinson —quienes fueron, respectivamente, el novelista y el poeta contemporáneos predilectos de TR—; el ragtime y el tango ya estaban sonando en 1914, para ser seguidos por el jazz y el charlestón; el movimiento sufragista de las mujeres subía casi tan rápido como el dobladillo de sus faldas; “socialista” y “radical” se habían vuelto voces positivas entre la *intelligentsia*, aún más emocionantes que “progresista”. En 1913 TR estuvo entre los que denunciaron el “arte” que se presentó en la Exposición del Arsenal; lo aclamó la burguesía de Nueva York, muchos de cuyos miembros lo criticaban en el exterior. Cincuenta años después, en el aniversario de la misma Exposición del Arsenal, los descendientes de estos fariseos estaban adentro del Arsenal, balbuceando su aprobación del “arte no figurativo”. *Toujours ça change, toujours c'est la même chose*. Mientras más cambian las cosas, más permanecen idénticas. ¿Será? Sí, y no.

